

MÁS ALLÁ DE MARX: POSTOBRERISMO Y POSMARXISMO. UNA REVISIÓN DE LOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE LA MULTITUD Y EL PUEBLO

ALEJANDRO PIZZI

*DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL
UNIVERSIDAD DE VALENCIA*

Recepción: 04/2017; aceptación: 11/2017

RESUMEN

EL ARTÍCULO ES UN ENSAYO SINTÉTICO QUE EXPONE LAS PRINCIPALES LÍNEAS TEÓRICAS DEL ENFOQUE POSMARXISTA DE LACLAU Y MOUFFE, POR UN LADO, Y DEL POSTOBRERISMO AUTONOMISTA DE NEGRI, HARDT, VIRNO, ETC., POR OTRO. CONCIBE AMBAS TEORÍAS COMO INTENTOS DE RACIONALIZAR APUESTAS POLÍTICAS ACTUALES POR PARTE DE DIVERSOS SECTORES POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES. ANALIZA SUS ESTRATEGIAS ARGUMENTALES DE DISTANCIAMIENTO DEL MARXISMO «ORTODOXO» Y DE LA RELACIÓN ESTRUCTURA/SUPERESTRUCTURA, Y LAS FORMAS DE CONSTITUCIÓN DE NUEVAS SUBJETIVIDADES TRANSFORMADORAS. COMPARA LOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS DE LAS ARTICULACIONES HEGEMÓNICAS Y DE LAS EXPERIENCIAS DE CONTRAPODER. DISCUTE, ASIMISMO, LOS ALCANCES Y LIMITACIONES DE LAS CATEGORÍAS DE «PUEBLO» Y «MULTITUD» Y DE SUS FORMAS PROPIAS DE ACCIÓN POLÍTICA: LA INCORPORACIÓN CRÍTICA Y TRANSFORMADORA EN LAS INSTITUCIONES ESTATALES, POR UNA PARTE, Y EL ÉXODO Y EL NOMADISMO, POR OTRA.

PALABRAS CLAVE:

POPULISMO, MULTITUD, POSFORDISMO, POSMARXISMO, POSTOBRERISMO,
MOVILIZACIÓN

INTRODUCCIÓN

El artículo constituye un ensayo teórico que compara el enfoque posmarxista de Laclau y Mouffe, por un lado, y la teoría postobrerista de la línea autonomista de Negri, Hardt, Virno, etc., por otro. Ambos enfoques pretenden fundar nuevas

narrativas sobre las transformaciones políticas, económicas y culturales contemporáneas, con la intención de orientar las posibilidades de cambio que ofrece esta nueva época histórica. Expresan alternativas, surgidas originalmente del propio campo de discursividad marxista, a las diversas apuestas políticas por partidos de clase.

El objetivo general del artículo es exponer, comparativamente, los fundamentos ontológicos y teóricos de ambos enfoques, elaborados a partir de un diálogo crítico con la tradición marxista y con otras vertientes de las ciencias sociales. A partir de ello, se analizan las bases teóricas de las experiencias de contrapoder y las articulaciones hegemónicas; de la «multitud» y el «pueblo». La tesis que recorre el artículo es que el postobrerismo tiene mayor potencia teórica que el posmarxismo para comprender la dinámica y transformaciones de las sociedades capitalistas actuales; pero el posmarxismo desarrolla una teoría más elaborada de la formación de voluntades colectivas dentro de los escenarios estatales de representación política.

El artículo tiene la siguiente estructura. En esta introducción se presentan las características generales de ambos enfoques y una breve contextualización. En el primer apartado se analiza el vínculo que ambos enfoques tienen con la discursividad marxista, especialmente cómo influye el replanteamiento de la teoría marxista del valor sobre la forma de pensar la constitución de los sujetos en el plano político. En el segundo apartado se desarrollan los argumentos teóricos que fundamentan las articulaciones hegemónicas y la composición de la multitud, así como sus formas típicas de acción política. Por último, en la discusión y conclusiones se elabora un análisis comparado y se fundamenta la tesis inicial del artículo.

En términos ontológicos, el postobrerismo mantiene la posición marxista según la cual el mundo social está creado por el trabajo (Álvaro, 2015), y el trabajo implica necesariamente una relación de explotación bajo condiciones capitalistas, y establece el fundamento ontológico de lo social (Lukács, 2004); mientras que las fuerzas productivas ofrecen el fundamento antropológico de la política y del cambio histórico (Curio y Özsencuk, 2010). El postobrerismo es un marxismo antideterminista. Recupera la perspectiva obrerista de Tronti (2001), para quien las luchas obreras son anteriores al desarrollo capitalista (la «revolución copernicana»). Deja de lado, también, la influencia de la dialéctica hegeliana a favor de una negación no-dialéctica de una lucha entre contrarios, basada en las lecturas

de Spinoza (Negri, 2009). Pero la renovación teórica que justifica hablar de «post»-obrerismo es su articulación conceptual con el postestructuralismo francés. Apoyados en una concepción inspirada en Deleuze y Guattari (1994), asumen una perspectiva no teleológica de la historia, y concilian el marxismo con el pensamiento de la multiplicidad y la diferencia (Gómez, 2014a). Asimismo, incorporaron parte del léxico foucaulteano. La genealogía, como método, permite percibir la singularidad de los sucesos, sin concebirlos como si fueran resultado de una lógica finalista (Fagioli, 2015). A su vez, el concepto *biopolítica*, especialmente a través de los desarrollos de Deleuze y Guattari, ofrece la posibilidad de pensar la producción del ser social y el vínculo entre política y vida (Virno, 2003; Marzocca, 2016), inscripto en un terreno marxiano de la relación capital/trabajo bajo las formas productivas posfordistas.

La genealogía es un método que permite comprender el surgimiento del posfordismo como resultado de un estado de fuerzas sociales; como reorganización capitalista del proceso de producción frente a la conflictividad obrera. Es un resultado *posible* entre otros potencialmente posibles también. Plantea que la transformación de las formas de producir fordistas no fue guiada por la dirección que tomaba la tecnología (Hardt y Negri, 2000; Virno, 2005a), sino que fue la respuesta empresarial al rechazo, por parte del obrero-masa, del modelo disciplinario de organización sociolaboral.

Por parte del posmarxismo (o teoría del discurso) de Laclau y Mouffe, el intento de superar lo que ellos consideraban el esencialismo marxista de clase no se originó exclusivamente en una mera insatisfacción teórica, sino en una serie de nuevos problemas políticos y sociales, presentes especialmente en Europa y América Latina. Dichos problemas exigieron un esfuerzo de comprensión que rebasaba las explicaciones de lo que consideran el «marxismo clásico». Especialmente, la emergencia de movimientos nacional-populares en América Latina y la irrupción de nuevos movimientos e identidades sociales en Europa. Con estos problemas de fondo, el enfoque posmarxista (Laclau y Mouffe, 1987) se basa en

un construccionismo social posfundacional y discursivo (Cuevas Valenzuela, 2015). Asume una ontología del antagonismo y del conflicto, a los que considera constitutivos de lo político y social, y deja de lado cualquier variante determinista o esencialista de clases.

El posmarxismo se basa en una combinación/reelaboración de elementos teóricos del marxismo occidental: 1) una radicalización postestructuralista del planteamiento althusseriano (Meiksins Wood, 2013), enfocado en la articulación de instancias sociales, pero despojado de sus determinaciones económicas en última instancia; 2) una reelaboración y deconstrucción de la lógica hegemónica de origen gramsciano, también autonomizada de las determinaciones de clase. Estos elementos se articulan con la lingüística estructural (Wittgenstein), la retórica y el psicoanálisis lacaniano (Stavrakakis, 2015). Inspirándose en la línea postestructuralista de Derrida, desconfió de cualquier subjetividad preexistente al lenguaje. Al mismo tiempo, asume que el lenguaje puede tener efectos polisémicos; pero se pueden minimizar si se estabilizan hegemónicamente los significados. Los fundamentos teórico-filosóficos que organizan la ontología política los elabora a partir de la herencia heideggeriana, que le permite pensar que lo social está constituido por formas de articulación de sentidos no determinadas por una estructura previa (Villalobos-Ruminott, 2015).

A partir de estas reelaboraciones, se construye un argumento según el cual lo social está constituido por lo político, en tanto instancia autónoma del modo de producción, y el sujeto de la acción política se encuentra en una relación contingente con sus propias condiciones materiales (Laclau, 2003).

LAS SUPERESTRUCTURAS SE PONEN A TRABAJAR

EL PLANTEAMIENTO POSTOBRERISTA: LA EXPLOTACIÓN BIOPOLÍTICA DE LO COMÚN

En ambos enfoques se observan intentos de reformular lo que ellos consideran las posiciones

marxistas ortodoxas y/o clásicas, como paso previo para desarrollar un pensamiento adecuado a los desafíos de la etapa histórica de finales del siglo xx y comienzos del xxi. El postobrerismo plantea una modificación de la teoría del valor bajo el contexto posfordista, y dicha transformación constituye una nueva base ontológica para comprender el funcionamiento actual del capitalismo y sus posibilidades de superación. Por el contrario, el relato posmarxista necesita argumentar por qué las relaciones de explotación capitalista, y la teoría del valor que las conceptualiza, no pueden ser la base de las identidades y la acción política transformadora de lo social. De esta forma puede asumir la centralidad de las lógicas articuladoras, específicamente políticas, que constituyen un sujeto popular.

Según el postobrerismo, el «trabajo» en condiciones posfordistas es un complejo de acciones, *performances*, prestaciones productivas y no directamente productivas que abarca toda la existencia social y toda la vida. Ello requiere reformular la teoría del valor marxista mediante la introducción, en el análisis del capitalismo, de las aportaciones del giro lingüístico (Marazzi, 2009). No se trata solo del pasaje de la producción en masa a la producción *just in time*. Esto último es solo una parte de un cambio más amplio de transformaciones biopolíticas.

Para los postobreristas, la ley del valor de Marx alcanzó un desarrollo pleno con la producción industrial de mercancías serializadas (durante el fordismo de posguerra) porque el trabajo concreto se subordinaba completamente al trabajo abstracto (Vercellone, 2009). Pero la tendencia actual de creciente incorporación y difusión del conocimiento y la afectividad aplicados al trabajo, la terciarización de la producción y los nuevos modos de gestión de la fuerza de trabajo en el posfordismo, por su parte, ponen en crisis relativa el concepto de «trabajo abstracto» marxista. Bajo las condiciones posfordistas, el conocimiento de los trabajadores ocupa un lugar central en la producción de bienes y servicios. La valorización del conocimiento y los afectos da lugar al «capitalismo cognitivo». Ello supone una crisis de los criterios para *medir* el

valor porque los esquemas productivos basados en trabajos físicos repetitivos pierden relevancia dentro de la acumulación global (Pagura, 2010; Vercellone, 2011).

Sin embargo, el enfoque postobrerista continúa argumentando que el fundamento de la valorización capitalista es la explotación del trabajo, aunque ahora el trabajo involucra toda la vida del trabajador. Por tanto, la crisis de la teoría del valor no implica la crisis del trabajo o las tesis del fin del trabajo, sino que extiende la valorización y la explotación a dimensiones difícilmente cuantificables y que exceden su interpretación del «trabajo abstracto», entendido por ellos como cantidad de trabajo positivizado como simple y físico (Pagura, 2010; Ruiz Herrero, 2015).

Más específicamente, no solo se valoriza el trabajo repetitivo que produce mercancías reproducibles, sino también procesos de mejoras continuas en productos muy dispares que requieren cierta creatividad e iniciativa propia de los empleados, así como sus aportaciones en la calidad, en el servicio a los clientes, etc. Los procesos de trabajo no pueden estandarizarse completamente (como estrategia de redistribución del poder a favor del capital) porque ello ahogaría la calidad y las posibilidades de mejora de los productos. Para lograr mejoras en los bienes y servicios los trabajadores deben recurrir autónomamente a un saber del que ya disponen, o a su creatividad, intuiciones, cooperación, etc., o bien a un conocimiento socialmente acumulado (Ruiz Herreros, 2015; Vercellone, 2007; Marazzi, 2009). Estas tareas complejas no se pueden normalizar y prescribir completamente por parte de las empresas, sino que requieren cierta libertad de acción de los trabajadores. El plusvalor, de esta forma, no se obtiene simplificando tareas e incrementando el rendimiento, sino que abre un nuevo espacio de posibilidades para el trabajo cooperativo. Todo ello supone que las empresas deben valorizar un conjunto de facultades cognitivas y afectivas (el *general intellect*) difícilmente reducibles a unidades medibles y a trabajo abstracto.

Por tanto, la valorización se extiende a la vida entera porque el capitalismo explota lo común. La vida se vuelve un espacio en disputa porque es objeto de intervención por parte del biopoder, pero a la vez implica posibilidades de liberación. La forma general de la inteligencia humana se convierte en fuerza productiva (Virno, 2007; Gómez, 2014), y las relaciones capitalistas se mantienen fundamentalmente como mecanismos de extracción de valor. Dichos mecanismos permiten capturar y descodificar, a través de distintos dispositivos biopolíticos, flujos de conocimiento y de experiencia social diseminados en diversas redes de relaciones entre sujetos (Saidel, 2013).

La fuente de la riqueza está más allá del trabajo efectivo. Aunque lo incluye, también está en el acumulado cultural a disposición de la multitud, del que se apropia el capital. Las empresas capturan el *general intellect* porque la cooperación productiva es previa a la función empresarial, dado que los trabajadores ya tienen capacidad para organizarse autónomamente. Luego el capital se presenta como mando y dispositivo que capturan los resultados de la cooperación, y se impone como puro dominio externo.

Al mismo tiempo que el capitalismo cognitivo habilita una cierta rearticulación entre concepción y ejecución de tareas en algunos sectores estratégicos de la economía (Vercellone, 2009; Ruiz Herreros, 2015), las empresas deben desarrollar estrategias para mantener bajo control la incertidumbre abierta por estas nuevas formas organizativas (Pagura, 2010). Existe un conflicto entre un potencial de productividad que vuelve superfluo el mando capitalista y una racionalidad de empresa que se impone biopolíticamente (De Giorgi, 2006). La apropiación capitalista opera mediante distintos dispositivos, como los derechos de propiedad intelectual y accionarial, títulos sobre deudas privadas y públicas, control sobre los mercados a través de mecanismos de precarización, subcontratación y externalización, etc. (Moulier Boutang, 2004). Sobre la base de dichos dispositivos, la financia-

rización es la forma contemporánea del mando capitalista (Negri, 2009; Lazzarato, 2006, 2013)¹.

Desde esta línea interpretativa, el tiempo de reproducción de la fuerza de trabajo deviene tiempo productivo, en la medida en que durante el tiempo de reproducción los sujetos desarrollan aptitudes, habilidades, lenguajes y sensibilidades que luego las empresas posfordistas transforman en valor, mediante mecanismos y dispositivos de captura (Virno, 2003, 2005a; Vercellone, 2009). Lo central del argumento en este punto es que la valorización capitalista de dichas aptitudes y cualidades no se realiza solo en el periodo de tiempo definido por el contrato de trabajo; por tanto, el valor ya no se puede definir según la separación convencional entre «tiempo de trabajo» y «tiempo de no trabajo» (De Giorgi, 2006). La producción se funde con la reproducción.

La «multitud» es un concepto que pretende expresar el carácter rizomático y múltiple de la fuerza de trabajo actual (Hardt y Negri, 2004). No constituye un fenómeno que afecta solo a los países centrales, ni puede ser captado correctamente con las categorías y distinciones propias del fordismo. Por el contrario, se refiere a una multiplicidad de posiciones que son resultado de las nuevas formas de trabajo y de tecnologías de control posdisciplinarias. Configura una multiplicidad que no es reducible a la unidad. Para el postobrerismo, ningún sujeto hegemónico o voluntad en particular es capaz de representar o expresar la complejidad de esta fuerza de trabajo. Pero no significa que la multitud desplace a la clase obrera, sino que esta adquiere los rasgos plurales de aquella (Saidel, 2013). También la producción adquiere los rasgos de la política: comunicación, persuasión, etc. (Virno, 2005b), lo cual configura experiencias vitales

que integran ámbitos previamente separados, y que son la base de la biopolítica.

EL PLANTEAMIENTO POSMARXISTA: DE LA LÓGICA DEL MODO DE PRODUCCIÓN A LA LÓGICA DE LO POLÍTICO

La lectura posmarxista de Laclau y Mouffe se fundamenta en que lo que entienden por enfoque marxista ortodoxo no articula de forma correcta la relación entre: 1) el proceso histórico objetivo, dado por la contradicción entre las relaciones sociales de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, y 2) el proceso subjetivo, dado por la lucha de clases. En su interpretación de la teoría marxista observan un dualismo no resuelto adecuadamente en términos teóricos. Este espacio de indeterminación conceptual refleja, según Laclau (2003, 2008), las dificultades teóricas del marxismo para pensar la política y las identidades sociales.

El posmarxismo se constituye, en tanto propuesta política y teórica, confrontado con una versión economicista del marxismo que ha constituido la línea oficial de la 2.^a y 3.^a Internacional (Waiman, 2013). Esta versión economicista está presente, según Laclau y Mouffe, incluso en las elaboraciones estructuralistas althusserianas que desarrollan la noción de contradicción sobredeterminada (Althusser, 2004), y que constituye uno de los antecedentes intelectuales del posmarxismo (Laclau, 1988). Asimismo, la otra gran influencia político-intelectual del marxismo occidental en la obra de Laclau y Mouffe² son las reflexiones de Gramsci sobre la construcción hegemónica de las fuerzas políticas. El posmarxismo lleva a cabo una deconstrucción teórica por la cual elimina el referente de clase del planteamiento gramsciano original, que fundamentaba la base material de la

¹ Por supuesto, existen amplios sectores de trabajadores en diferentes regiones del mundo que no tienen vinculación con trabajos cognitivos, informatizados o inmateriales. Esto efectivamente ocurre en un plano fáctico y/o fenomenológico. Sin embargo, los rasgos tendenciales del posfordismo se visualizan en el nivel «ontológico» (De Giorgi, 2006). Aquí la fuerza de trabajo se constituye como conjunto de potencialidades cooperativas y productivas que se sustraen a cualquier reglamentación rígida.

² En este artículo no se desarrolla la influencia y aportaciones de la teoría psicoanalítica sobre la deconstrucción posmarxista debido a limitaciones de espacio. He optado por centrarme en las discusiones de teoría política y económica.

hegemonía, y solo mantiene la función articuladora/discursiva de la práctica hegemónica.

Laclau considera que la conflictividad social, y específicamente la conflictividad de clases, no deriva ni necesaria ni lógicamente de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Por el contrario, cuando ocurre se trata de un antagonismo fáctico e históricamente determinado (no una contradicción lógica). Los antagonismos sociales, desde el punto de vista posmarxista, responden a una ontología de lo político que está constituida por una negatividad que es consustancial a todo orden social (Mouffe, 1999, 2005). Los antagonismos de clase no son estructuralmente necesarios ni inherentes a las relaciones de producción capitalistas, sino que tienen lugar (si ocurren) en un espacio intermedio entre: 1) dichas relaciones de producción y 2) la identidad del trabajador fuera de ellas (Laclau, 2005, 2014). Del hecho de que se le extraiga plusvalía al trabajador no se deduce lógicamente que dicho trabajador se deba resistir a ello, y que desde ese momento se establezca un antagonismo. Si hay antagonismo, este se origina en una resistencia que surge de una identidad que ya existe por fuera de las relaciones de producción.

Esta interpretación implica que el posmarxismo concibe las relaciones capitalistas como relaciones económicas, y estas como relaciones técnicas de combinación de factores productivos, no necesariamente conflictivas (Waiman, 2013). Por el contrario, otras lecturas posibles dentro del campo del discurso marxista permiten pensar que las categorías de la economía política no son neutras, sino relaciones de poder y dominación, porque las relaciones capitalistas no son solo «económicas». Ello sugeriría, en contra del posmarxismo, que el conflicto ya está dentro de las relaciones de producción. Y de las categorías históricas de la economía política se pueden derivar las formas de la política y del Estado (Clarke, 1991; Jessop, 1990, 2016). En una línea distinta, también el postobrerismo plantea que los procesos de producción tienen una profunda raíz política porque están organizados en función de las resistencias obreras (Fagioli, 2015). El posmarxismo sigue una línea diferente. La cons-

titución de identidades políticas debe ser pensada a partir de una especificidad que no se puede derivar de la estructura interna del capitalismo; porque para Laclau y Mouffe dicha estructura estaría organizada, en última instancia, por procesos de valorización concebidos como técnicos y neutros.

De esta manera, la crítica a la teoría del valor constituye un punto de partida del argumento según el cual el espacio de lo político tiene una especificidad propia, y que se vincula de forma no-necesaria, y por tanto contingente, con la estructura capitalista. No significa que lo político no tenga ningún vínculo con la estructura capitalista, sino que los vínculos no tienen un carácter necesario, en el sentido de que no tienen una relación de inmanencia con las relaciones capitalistas (Laclau, 2003). Lo político no es una derivada de los conflictos de clase ni del modo de producción, sino que tiene una lógica propia. Y su conexión con el modo de producción capitalista puede asumir formas diversas; por tanto, entre ambos hay un vínculo contingente y definido en cada contexto histórico.

¿QUÉ LUCHAS POLÍTICAS? ARTICULACIONES HEGEMÓNICAS Y COMPOSICIÓN DE LA MULTITUD

BIOPOLÍTICA Y SUBJETIVIDAD

Para el postobrerismo, la política refiere a las prácticas que producen subjetividad (Hardt y Negri, 2011; Virno, 2005). Esta es un efecto de muchos dispositivos que remiten a las estrategias de control por parte del capital y del Estado, así como a las resistencias a estas (Lazzarato, 2006). En una línea foucaultea, para el postobrerismo la subjetividad neoliberal es un efecto específico de la gubernamentalidad, de la empresarialización y de la capitalización de la vida (Fagioli, 2016). Otra forma de entender la subjetividad es pensarla como modo de ser o de existir (Virno, 2005b), que no están ligados al organismo humano ni son estrictamente individuales, dado que se pueden cambiar porque son efectos de prácticas y dispositivos de biopoder. La subjetividad es un efecto de

las formas de producción de valor, en el sentido planteado en el primer apartado.

La política, por tanto, se refiere: 1) a un conjunto de dispositivos y procedimientos que pretenden gobernar aquello que se constituye en el ámbito social (Saidel, 2016), con el objetivo de controlar la vida (como fuente de valor), y 2) a las estrategias que resisten dichos dispositivos. La sociedad, por su parte, es el resultado de un proceso de producción continua de relaciones materiales, que son simultáneamente relaciones de poder, conocimiento, cooperación, afectos, etc.

Lo social es una dimensión de lo real; se genera y constituye de forma inmanente en las relaciones de producción (Hardt y Negri, 2000), que son relaciones de biopoder, y que al mismo tiempo producen las formas de vida y de subjetividad. En una línea similar, Lazzarato (2013) plantea que lo social se constituye por medio de relaciones de endeudamiento asimétrico. Dichas relaciones preceden a la producción y al trabajo asalariado. La deuda produce un «sujeto deudor» y una moralidad específica. La deuda moldea un ámbito intersubjetivo, pero también intrapersonal y preindividual.

Lo social constituye un ámbito en el que el antagonismo es inmanente a este porque está atravesado por dispositivos de biopoder que intentan capturar y valorizar toda la vida. La política, por tanto, está incrustada en lo social y lo productivo, y por eso adquiere un carácter ontológico (Virno, 2007). La política está fusionada con lo social porque los dispositivos de poder, y las resistencias a estos, están en todas partes, en relaciones micro y macrosociales (Virno, 2003; Hardt y Negri, 2000, 2004).

Si lo social se forma a través de las relaciones de producción y del trabajo, y este es colaborativo y comunicativo, entonces lo social puede (potencialmente) producirse de manera autónoma, sin necesidad del mando capitalista, ni de la soberanía estatal, ni de la representación. Estas posibilidades se fundamentan ontológicamente en el hecho de que el capital ya no tiene el rol organizador de la producción que tenía anteriormente bajo el fordismo; porque en el posfordismo la producción

se basa en lo común y en el *general intellect*. La cooperación, por tanto, se da de forma tendencialmente autónoma.

El biopoder se refiere a las tecnologías y dispositivos del poder sobre la vida en tanto potencia productiva (Gómez, 2014a). Por su parte, la biopolítica está conformada por las experiencias de subjetivación y libertad, de resistencias y luchas contra el biopoder (De Giorgi, 2006). La noción de biopolítica surge de la crisis del dispositivo de soberanía (Biset, 2016). La soberanía política es el efecto de la construcción de un aparato de poder que tiene por objetivo monopolizar la toma de decisiones (Hardt y Negri, 2000). Lo que destaca el postobrerismo es que la soberanía estatal no ha desaparecido, sino que ha transformado su funcionamiento porque se articula con nuevas formas de gobierno biopolítico que exceden los marcos nacionales (Saidel, 2013), y los estados pierden el monopolio de la decisión política. Las articulaciones del biopoder configuran una novedosa realidad, un nuevo sujeto político que los postobreristas denominan «imperio» (Hardt y Negri, 2000), y que representa una nueva fase de soberanía.

El capital globalizado y las regulaciones neoliberales constituyen un nuevo poder soberano porque son una nueva fuente de poder y derecho. No constituyen un Estado convencional, sino una suerte de nuevo derecho de gentes (Hardt y Negri, 2000, 2011) creado por una red de regulaciones globales. En este sentido, el Imperio es la solución política que regula el posfordismo.

El debilitamiento de la soberanía estatal tradicional (y la emergencia de un nuevo tipo de soberanía imperial), junto con la predominancia del trabajo inmaterial y el *general intellect*, crean las condiciones para la emergencia de la multitud (Hardt y Negri, 2004), que dispone de una base ontológica alternativa. Es una fuerza productiva que puede construir una nueva comunidad porque dispone del conocimiento, la ciencia, el lenguaje y los afectos que forman lo potencialmente común. Es una posibilidad sin fundamento teleológico. Dados los dispositivos biopolíticos del posfordismo,

es la expropiación de la multitud aquello que sostiene al Imperio.

¿Cómo concebir la acción política basada en el *general intellect*? La práctica política puede tener una relación de inmanencia con lo social (Hardt y Negri, 2004; Virno, 2003), y no requerir la representación. Las micropolíticas de resistencia y de construcción de vínculos de cooperación inmanentes son posibles porque el conocimiento y los afectos están incorporados en la multitud como recurso propio, aunque sistemáticamente el capitalismo los expropia y valoriza mediante un conjunto de dispositivos de biopoder (Lucarelli, 2009). La posibilidad de la biopolítica (esto es, de las resistencias) que anima las movilizaciones y experiencias de contrapoder se fundamenta en la voluntad de resistir esos dispositivos y construir una cooperación autónoma, dado que el desarrollo capitalista ha creado esas condiciones de posibilidad.

La voluntad de resistencia al biopoder es inherente a un sujeto tendencialmente autónomo, pero las estrategias de resistencia al posfordismo están condicionadas por los propios dispositivos biopolíticos de explotación capitalista. Para Virno (2003), el éxodo es una forma lógica de resistencia, sin contenidos específicos. No se trata de un éxodo literal ni de migraciones físicas, sino de posicionarse en contra de los dispositivos de poder y de no someterse a ellos (Gómez, 2014b). Consiste en salirse de las reglas de juego del antagonista. No es un movimiento puramente negativo, sino que requiere crear relaciones sociales alternativas. Implica la articulación de esferas públicas no estatales y autónomas, del ámbito de «lo común», independientes del capital y del Estado (el comunismo es la construcción de las instituciones de lo común). Por tanto, el éxodo es el nombre de una instancia creativa y constituyente.

La política es una potencia para producir lo común pero, en contra de lo que supone el posmarxismo, se puede pensar desde la inmanencia, sin necesidad de los dispositivos de representación. Esto es, desde los sujetos que se presentan a sí mismos en las luchas biopolíticas. Sztulwark (s/d) argumenta que el inmanentismo de la multitud no implica un espontaneísmo ni un sustancialismo

estructural. La práctica política puede basarse en la acción de sujetos diversos que no requieren la representación sino de lo común que tienen las diferencias, esto es, de la articulación de una diversidad de potencias, pasiones y conocimientos. La multitud es el resultado de una «composición» que ocurre en la sociedad, a partir de una multiplicidad inicial. Pero este pasaje de la multiplicidad a la multitud es una posibilidad, que excluye el determinismo. El proyecto de la multitud no es aquella multiplicidad inicial, sino que mantiene las potencias originalmente libres pero las inscribe en un ámbito de comunicación, de composición y de comunidad (Sztulwark, s/d). La composición del sujeto significa su constitución en la lucha, a través de un flujo de prácticas nunca estabilizadas del todo (Bifo, 2007). Implica un pasaje que exige una socialización, pero que no requiere la representación, en tanto expropiación de la capacidad de decisión para transferirla a un dispositivo de soberanía «externo» a los propios sujetos.

Por tanto, el postobrerismo no plantea que la «multitud» surja espontáneamente, como diría Laclau (2008), sino de un proceso de «autoinstitución» y de composición, basado en una socialización de las potencias múltiples, sin necesidad de apelar a la soberanía. Lo general se alcanza construyendo lo común, que es inmanente a lo social. Sin embargo, aún no hay una teoría desarrollada de cómo llevar a cabo la composición biopolítica de un sujeto múltiple. Esta apuesta política supone prácticas articularias en el mismo plano de inmanencia en el que se despliega la multitud (Negri, 2004). Pero, por eso mismo, constituye una práctica que no tiene garantías, vulnerable a los dispositivos de captura de lo biopolítico.

JUEGOS DE DIFERENCIAS Y EQUIVALENCIAS

Para el posmarxismo, el orden del discurso tiene un estatus constitutivo de la dimensión social y política, y no existen sentidos que se puedan determinar al margen de los «juegos de lenguaje», porque todo significado depende de un contexto de distinciones. Lo social es un flujo de diferencias y

antagonismos (y entre ellas están las relaciones capitalistas) que no tiene centro organizador estructuralmente necesario. Dicho flujo impide la emergencia de un lazo social espontáneo y estable. Los antagonismos sociales se refieren a fronteras internas en la sociedad que se construyen discursivamente; no son extrapolaciones de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción (Villalobos-Ruminott, 2015) ni remiten exclusivamente a la lucha de clases. No hay relaciones que tengan una prioridad material/ontológica en la constitución de las identidades. Tampoco existen unos intereses configurados en una dimensión *social* originaria, que luego la política (re)presentaría en otro plano (Laclau, 2005; Mouffe, 2005).

Estas divisiones sociales inmanentes requieren una instancia suplementaria de la política para construir un vínculo social estable. A diferencia del planteamiento postobrerista, existiría una imposibilidad fundamental de autoinstitución de lo social que justifica la práctica política de articulación y representación de particularidades. Para el postobrerismo el lazo social puede ser inmanente a lo social en sí porque se genera en las relaciones biopolíticas de producción. Para el posmarxismo no existe un antagonismo privilegiado en torno al cual, necesariamente, se constituyan las identidades políticas, sobre la base de la articulación con otras particularidades³. Si no existe una mediación política que implique la representación, no podrá haber una articulación de diferencias que proliferan constantemente.

La posición discursiva del posmarxismo reconoce la existencia de la realidad «externa» a los sujetos. Sin embargo, aquella es aprehendida a través de la disputa discursiva (basada en un sistema de distinciones, lingüísticas y no-lingüísticas), que produce y organiza el sentido de lo

que acontece y lo «objetiva», aunque siempre de manera precaria. Según este enfoque, la realidad no se agota en el discurso porque existe un espesor material de instituciones, prácticas, dispositivos, etc., que estructura una formación discursiva (Laclau, 2014). La sedimentación de prácticas, instituciones y relaciones sociales impide suponer que cualquier articulación discursiva sea posible, que lo real se agota en juegos de lenguaje y que su teoría del sujeto se reduce a un puro decisionismo (Fair, 2014).

Para Mouffe (1999, 2005), lo constitutivo de lo político, incluso en el interior de la democracia, es la construcción de una relación de «nosotros/ellos». Toda «objetividad» social, todo orden social, tiene un fundamento discursivo basado en una exclusión respecto a la cual es pensable un «nosotros». El posmarxismo visualiza múltiples posiciones de sujeto (proletario, ciudadano, mujer/hombre, consumidor, emprendedor, religioso, sin-papeles, etc.) que constituyen un conjunto de identidades que no están unificadas natural o estructuralmente. La relación entre estas dependerá de una articulación político-discursiva abierta a la contingencia. La identidad de clase social no necesariamente articula el resto de las múltiples posiciones de sujeto en torno a sí mismo.

A partir de *La razón populista* (Laclau, 2005) el sujeto se concibe como una construcción que suple parcialmente una falta en la estructura, porque el «pueblo» tiene una pretensión, siempre fallida, de encarnar la totalidad social. La política no es representación de intereses (previos), sino una articulación de posiciones. El «sujeto» (el pueblo) es un agente construido en puntos de intersección de múltiples posiciones subjetivas, entre las que no hay relaciones necesarias ni identidades definitivamente establecidas (Mouffe, 2005). Dichas identidades se construyen a través de

³ Para comprender lo social como efecto de articulaciones múltiples, Laclau intenta superar lo que considera la «ortodoxia marxista» a través de un diálogo crítico con el estructuralismo de Althusser y Poulantzas. Lo efectúa radicalizando la noción de articulación de instancias relativamente autónomas, hasta plantear que la totalidad sobredeterminada de cualquier formación social es contingente y carece de una instancia ontológicamente privilegiada (el modo de producción) en torno a la cual se articulen las demás (Meiksins Wood, 2013).

las articulaciones, que provocan un cierre precario de las diferencias dadas por los antagonismos⁴. Las identificaciones construidas promueven, además, un goce y unas emociones para cuya explicación se articulan conceptos del psicoanálisis lacaniano (Stavrakakis, 2015).

El cierre (la definición de quiénes integran el «nosotros» y quiénes no) produce una identidad excluida (que es otra diferencia) por oposición a la cual se genera la identificación del sujeto. El posmarxismo sostiene que no existe un fundamento objetivo para establecer el «cierre» de una determinada manera, sino que es un acto de decisión política que suple el fracaso de la estructura al autoconstituirse (Laclau, 1996). Sin embargo, como se mencionó antes, la teoría no plantea que dependa de un puro decisionismo contingente y voluntarista porque reconoce que en las distintas realidades históricas existen instituciones y prácticas sociales que pueden tener elevados niveles de sedimentación, y que funcionan como límites de lo políticamente posible.

No existe otra opción política transformadora que intentar construir una voluntad general a través de unos sujetos/identidades que son parcialidades. Dicha voluntad general no puede tener una relación de inmanencia con lo social; debe articularse en el espacio de la representación a través de la lógica de la hegemonía, que es su terreno necesario de constitución. Es opuesta al postobrerismo, que argumenta que puede articularse y componerse (como posibilidad) desde la inmanencia de lo social.

La hegemonía popular es resultado de un proceso de construcción político-discursiva de cadenas de equivalencias que unifica una multiplicidad de diferentes demandas insatisfechas que no están vinculadas entre sí por ninguna relación de necesidad estructural (Laclau, 2005). Las de-

mandas insatisfechas constituyen la traducción de los antagonismos sociales (constitutivos) porque implica la confrontación con aquello que impide satisfacer una necesidad. De este modo, el discurso hegemónico es capaz de suturar las fracturas constitutivas de lo social (Sandoval Moya, 2015). Sin embargo, la articulación no es un acto puramente lingüístico, sino que supone actuar sobre instituciones, rituales y prácticas.

La hegemonía, como relación de poder, permite que una demanda particular se transforme en la representación de una plenitud ausente. Pero no porque sea la síntesis de todas las otras demandas, sino por el efecto performativo del acto político de nominación, que posibilita la articulación y sostiene la identidad de aquellos que nombra. La hegemonía no tiene un fundamento último, sino que es efecto de una relación de poder. Su fundamento es la ausencia de fundamentos. El sujeto popular está expuesto a procesos constantes de rearticulación como consecuencia de las luchas políticas. Por tanto, el sentido de los antagonismos sociales siempre está en disputa entre fronteras equivalenciales alternativas.

Un movimiento político es populista, según este enfoque, en la medida en que prevalece la lógica articuladora de la equivalencia por la cual se construye un «nosotros» como «pueblo», transformando demandas democráticas en populares, más allá de sus contenidos sociales específicos (ónticos). Lo que define al populismo, entonces, es la existencia de una frontera antagónica que destaca la radicalidad popular (Riveros, 2015). A partir de esta frontera se constituye (siempre precariamente) la unidad de un pueblo como agente histórico de los cambios sociales. Barros (2009) sostiene que lo específico del populismo es plantear una ruptura institucional por medio de un conflicto provocado por la inclusión de una parte de la sociedad que

⁴ No puede haber una simetría entre el sujeto de la transformación y la estructura social; siempre habrá antagonismos inmanentes que requieran la mediación a través de una lógica política. Según algunas posiciones marxistas críticas, el reemplazo que hace el posmarxismo del concepto abstracto de modo de producción, de Althusser, por una ontología también abstracta de Heidegger, implica una premisa idealista. El idealismo no está dado por la noción de sociedades articuladas discursivamente, sino por su supuesto: una ontología ahistórica de antagonismos que otorga sentido al contenido efectivo de la historia (Waiman, 2013).

no estaba representada adecuadamente dentro de la institucionalidad vigente. Es, por tanto, el momento de la irrupción política de lo excluido, pero por vías representativas.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Mi tesis es que el postobrerismo constituye un esfuerzo intelectual más ambicioso y consistente que el posmarxismo para comprender el funcionamiento de las relaciones sociales capitalistas posfordistas porque, siguiendo una línea marxista, logra elaborar una explicación por la cual los antagonismos se originan en las relaciones sociales capitalistas históricamente determinadas, y no recurre para ello a una dimensión ahistórica e idealista, como parece hacerlo el posmarxismo. Sin embargo, el posmarxismo aporta una teoría más elaborada de la formación de voluntades colectivas dentro de los escenarios institucionales actuales de representación política.

El marco teórico postobrerista integra conceptualmente las diversas dimensiones de las relaciones capitalistas en clave biopolítica. Por el contrario, el enfoque posmarxista teoriza lo político en el capitalismo a partir de una lógica diferente, que no tiene su punto de partida teórico en los antagonismos materiales e históricos, sino en una ontología ahistórica de relaciones de equivalencias y diferencias, cuyos posteriores contenidos sociales (ónticos) no están determinados por una estructura material, y por tanto pueden asumir diversas formas.

La base ontológica de esta posición posmarxista es la presuposición de la ausencia de fundamentos materiales que determinan la acción política. Pero esta presuposición parte del equívoco, según mi parecer, de considerar las relaciones de producción como relaciones *económicas*, y no como relaciones sociales complejas y multidimensionales. Solo a partir de esta simplificación, la teoría posmarxista concibe las relaciones políticas como un objeto ontológico distinto de las relaciones económicas, y abandona la posibilidad de pensar las relaciones de producción como objeto que integra distintas di-

mensiones. El corolario teórico es pensar lo político en clave de lógicas de diferencias y equivalencias abstractas, cuyos contenidos reales son contingentes y están en función de disputas hegemónicas. Sin embargo, asumido este punto, luego desarrolla de forma teóricamente coherente una explicación de la formación de voluntades colectivas con capacidad de intervención política efectiva.

En cambio, el enfoque postobrerista parte de los antagonismos materiales, biopolíticos, históricamente contruidos y determinados, sin necesidad de plantear la existencia de una lógica formal y ahistórica. Ello reflejaría un mayor grado de consistencia teórica interna porque conecta conceptualmente lo político y lo social a través de dispositivos biopolíticos. La existencia de tales dispositivos tendría una necesidad estructural (aunque sus contenidos específicos pueden ser contingentes), dada por la necesidad de valorización capitalista en las condiciones posfordistas. Por eso, en el posfordismo se borran las diferencias sustanciales entre trabajo y acción política, porque ambas dimensiones remiten al mismo nudo de prácticas sociales (Virno, 2003, 2005b).

No obstante, esta misma teoría permite pensar que la multitud se encuentra sometida, permanentemente, al efecto de distintos dispositivos de biopoder que limitan/anulan sus potencialidades de transformación social, y reproducen la explotación y la dominación. La construcción autónoma de líneas de fuga de las instituciones estatales y capitalistas, a través del éxodo y el nomadismo político, no ofrece garantías, sino que, a mi modo de ver, expresa una posibilidad ontológica fundada en las propias transformaciones materiales, pero también sometidas permanentemente a la captura del biopoder.

El postobrerismo, en este sentido, no desarrolla suficientemente una teoría sobre la construcción/composición de voluntades colectivas mayoritarias que orienten la acción política, sino que su propio desarrollo teórico conduce a apoyar experiencias de movilizaciones rizomáticas de la multitud, de carácter autónomo y alejados de la representación política. No hay un desarrollo teórico sistemático sobre cómo se compone una voluntad colectiva

desde lo rizomático. El posmarxismo, al plantear que lo político ocurre en un nivel ontológico, configurado a partir de lógicas formales de identidades y diferencias, desarrolla sus conceptos para dar cuenta de cómo funciona el campo de la representación, constitutivo de las identidades sociales y políticas. En este sentido, aporta elementos teóricos para comprender la formación de voluntades hegemónicas, así como de gobiernos apoyados en mayorías electorales, aunque pueden estar al servicio de proyectos muy disímiles en términos políticos e ideológicos.

Para el postobrerismo, la explotación es una máquina de producción de subjetividad, y constituye a los sujetos mediante la lucha de clases. Para el posmarxismo, los sujetos se constituyen con discursos que articulan posiciones simultáneas de sujeto, y delimitan fronteras antagónicas. Por ello, en vez de leyes internas del desarrollo capitalista, existen «ciclos de luchas» iniciadas por las resistencias sociales, según el postobrerismo, y sucesión de «articulaciones hegemónicas», según el posmarxismo. Estos planteamientos permiten justificar, a nivel teórico, si el neoliberalismo puede confrontarse políticamente a través de la construcción de hegemonías políticas alternativas y populares o construir contrapoderes autónomos dentro de espacios de fuga.

La lógica del antagonismo y de la constitución de un «pueblo» se encuentra limitada en el planteamiento posmarxista porque lo remite a la lucha por el control del Estado, en un contexto histórico en el que el propio Estado se encuentra sobredeterminado por la financiarización y el capitalismo posfordista global. Para el postobrerismo, la política aparece con las prácticas que pretenden aunar experiencias de resistencias a los dispositivos de biopoder posfordistas. El nomadismo y el éxodo constituirían los nuevos patrones de la lucha de clases. La estrategia del «éxodo» requiere construir nuevas instituciones y formas de vida en común. Pero no quedan claros los modos de sostenerlas frente a antagonistas que controlan estados y un conjunto de dispositivos de biopoder que tienden a desarticular sistemáticamente lo común.

El diálogo entre ambos enfoques continúa abierto, en la medida en que persiste la voluntad de elaborar nuevas prácticas y nuevos lenguajes que permitan pensar estrategias de superación del neoliberalismo y del capitalismo. Al respecto, se han expuesto los principales fundamentos teóricos de ambas posiciones y se ha realizado un balance provisorio de las fortalezas y debilidades de cada uno, a partir del cual se ha fundamentado la tesis inicial de este ensayo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTHUSSER, L. (2004): *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- ÁLVARO, D. (2015): «Ontologías del ser social (Lukács, Gould, Negri, Hardt, Balibar)», *Nómadadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 45(1).
- BARROS, S. (2009): «Salir del fondo del escenario social: sobre la heterogeneidad y la especificidad del populismo», *Pensamiento Plural Pelotas*, 5, pp. 11-34.
- BERARDI, F. (Bifo) (2007): «A la memoria de Jean Baudrillard», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 75, pp. 7-10.
- BISSET, E. (2016): «Reconstrucción de la biopolítica», *Revista Pléyade*, 17, pp. 205-222.
- CLARKE, S. (1991): *The State Debate*, Londres, Palgrave Macmillan.
- CUEVAS VALENZUELA, H. (2015): «Intervenciones. Ernesto Laclau y su concepto de discurso post-marxista», *Revista Pléyade*, 16, pp. 33-47.
- CURCIO, A. y C. ÖZSELÇÜCK (2010): «On the common, universality, and communism: a conversation between Étienne Balibar and Antonio Negri», *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society*, 22(3), pp. 312-328.
- DE GIORGI, A. (2006): *El gobierno de la excepción. Posfordismo y control de la multitud*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- DELEUZE, G. y F. GUATTARI (1994): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos.

- FAGIOLI, A. (2015): «Operaísmo y postoperaísmo: una mirada desde la perspectiva de la filosofía de la técnica», *Eikasía. Revista de Filosofía*, 63, pp. 113-124.
- FAIR, H. (2014): «Mitos y creencias en torno a la teoría post-marxista de la hegemonía de Ernesto Laclau. Una hermenéutica sobre los estudios críticos», *Eikasía. Revista de Filosofía*, 55, pp. 125-138.
- GÓMEZ VILLAR, A. (2014a): *Hacia una conceptualización filosófica del posfordismo y la precariedad: elementos de teoría y método (post)operaísta*, tesis doctoral, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra.
- (2014b): «Paolo Virno, lector de Marx: General Intellect, biopolítica y éxodo», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 50, pp. 305-317.
- HARDT, M. y A. NEGRI (2000): *Imperio*, Barcelona, Debate.
- (2004): *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate.
- (2011): *Commonwealth*, Madrid, Akal.
- JESSOP, B. (1990): *State Theory: Putting the Capitalist State in Its Place*, Cambridge, Polity.
- (2016): *The State. Past, Present, Future*, Cambridge: Polity.
- LACLAU, E. (1988): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- (1996): *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- (2003): «Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas», en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek: *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE.
- (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.
- (2008): *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*, Buenos Aires, FCE.
- (2014): *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, FCE.
- LACLAU, E. y C. MOUFFE (1987): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI.
- LAZZARATO, M. (2006): «Por una redefinición del concepto biopolítica», *Brumaria*, 7, pp. 71-83.
- (2013): *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires, Amorrortu.
- LUCARELLI, S. (2009): «La financiarización como forma de biopoder», en A. Fumagalli *et al.*: *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 125-148.
- LUKÁCS, G. (2004): *Ontología del ser social: el trabajo*, Buenos Aires, Herramienta.
- MARAZZI, C. (2009): «La violencia del capitalismo financiero», en A. Fumagalli *et al.*: *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 21-61.
- MARZOCCA, O. (2016): «Vida desnuda, multitud, carne del mundo: la biopolítica como destino», *Revista Pléyade*, 17, pp. 17-44
- MEIKSINS WOOD, E. (2013): *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Buenos Aires, RyR.
- MOUFFE, C. (1999): *El retorno de lo político*, Buenos Aires, Paidós.
- (2005): *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.
- MOULIER BOUTANG, Y. (2004): «Riqueza, propiedad, libertad y renta en el capitalismo cognitivo», en Y. Moulier Boutang *et al.*: *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- NEGRI, A. (2009): «Postfacio. Algunas reflexiones sobre la renta durante la “Gran Crisis” de 2007 (y siguientes)», en A. Fumagalli *et al.*: *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 175-182.
- PAGURA, N. (2010): «La teoría del valor-trabajo y la cuestión de su validez en el marco del llamado posfordismo», *Trabajo y Sociedad*, 14(15), pp. 55-69.
- RIVEROS, C. (2015): «El populismo como dimensión y lógica de la política: propuestas, alcances

- y límites de la teoría populista de Laclau», *Revista Pléyade*, 16, pp. 165-189.
- RUIZ HERRERO, J. (2015): «La valorización en los sectores intensivos en conocimiento y sus prácticas de trabajo asociadas», *Sociología del Trabajo*, 85, pp. 47-62.
- SAIDEL, M. (2013): *Política y subjetividad en el pensamiento italiano actual: multitud, forma-de-vida, impersonal. X Jornadas de Sociología*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- (2016): «La fábrica de la subjetividad neoliberal: del empresario de sí al hombre endeudado», *Revista Pléyade*, 17, pp. 131-154.
- SANDOVAL MOYA, J. (2015): «¿Qué sujeto? ¿Qué cambio?: Laclau y el problema del sujeto de la acción política transformadora», *Revista Pléyade*, 16, pp. 119-138.
- STAVRAKAKIS, Y. (2015): «Laclau y el psicoanálisis: una evaluación», *Revista Pléyade*, 16, pp. 21-31.
- SZTULWARK, D. (s/d): «¿Puede la trascendencia configurar luchas radicales?». Disponible en línea: <<http://grupomartesweb.com.ar/textos/textos-prestados/diego-sztulwark-puede-la-trascendencia-configurar-luchas-radicales/>>.
- TRONTI, M. (2001): *Obreros y capital*, Madrid, Akal.
- VERCELLONE, C. (2007): «From Formal Subsumption to General Intellect: Elements for a Marxist Reading of the Thesis of Cognitive Capitalism», *Historical Materialism*, 15, pp. 13-36.
- (2009): «Crisis de la ley del valor y devenir renta de la ganancia», en A. Fumagalli *et al.*: *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid, Traficantes de Sueños, pp. 63-98.
- (2011): *Capitalismo cognitivo. Renta, saber y valor en la época postfordista*, Buenos Aires, Prometeo.
- VILLALOBOS-RUMINOT, S. (2015): «Transferencia y articulación: la política de la retórica como economía del deseo», *Revista Pléyade*, 16, pp. 69-91.
- VIRNO, P. (2003): *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporánea*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- (2005a): «El intelecto just in time», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 66, pp. 39-45.
- (2005b): *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana*, Madrid, Traficantes de sueños.
- (2007): «General Intellect», *Historical Materialism*, 15, pp. 3-8.
- WAIMAN, J. (2013): «Dialéctica y ontología: repensando el antagonismo posmarxista desde la teoría crítica», *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 5, pp. 280-310.
- (2015): «¿Qué marx(ismo) el del posmarxismo? Sobre la presencia de Marx en la obra de Ernesto Laclau», ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Teoría Social, Buenos Aires.